

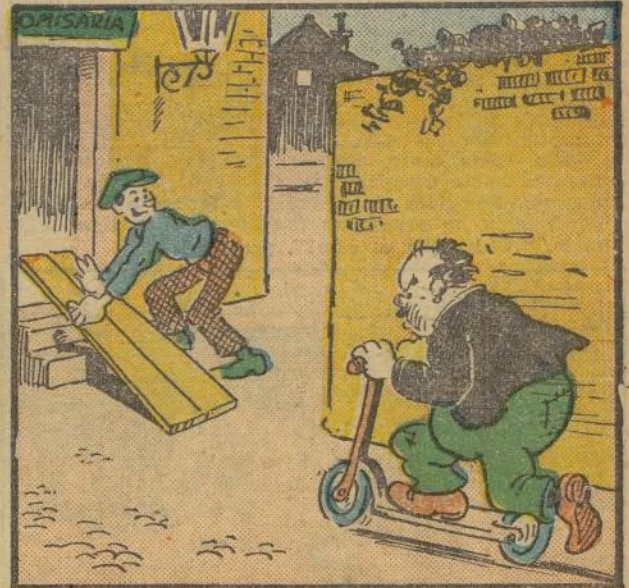
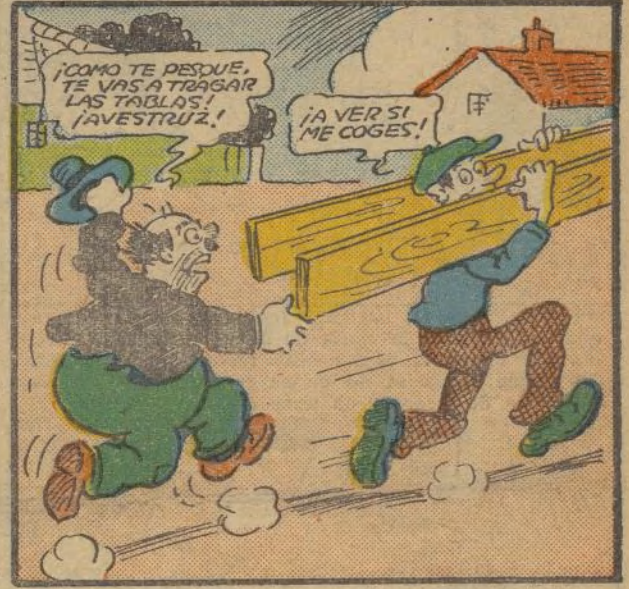
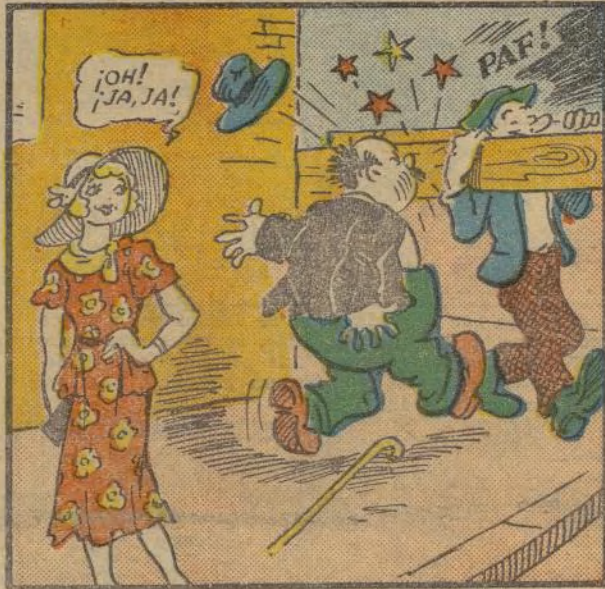


AÑO VI.—NUM. 330

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

5 de septiembre de 1935

UNA CAPTURA CASUAL



Resumen de lo publicado.— El huérfano Antonio, que trabaja en el circo Smith, y Mercedes, la hija del propietario, encuentran cierto día a un viejo clown sin trabajo y lo gran que el señor Smith lo admita.

COMPANEROS DE CIRCO



Mientras el clown Joey y los dos muchachos hablaban junto a uno de los carromatos, advirtieron que los elefantes estaban soliviantados. "Voy a ver qué ha sucedido", dijo Joey corriendo hacia los animales. "Tú quédate aquí, Mercedes", le dijo Antonio.



Era indudable que alguien había asustado o molestado a los proboscídeos, y cuando Antonio y Joey llegaron junto a ellos, quedaron ensordecidos por los trompetazos que daban las bestias. "¡Mira!, gritó Antonio; ¿Quién es ese tipo que huye?"



"¡Persigámonle!", exclamó Joey. Le obligaremos a que nos explique la causa de su presencia aquí". Al oír sus voces, el desconocido redobló la velocidad. Joey, que había salido en su persecución, tuvo la desgracia de tropezar en unas cuerdas, y cayó.



Aturdido por la caída, Joey se detuvo por algunos momentos, y Antonio, asustado, corrió a auxiliarle. "¿Te has lastimado, Joey?", le preguntó con ansiedad. "No, hijo; sólo ha sido un porrazo", contestó el clown, incorporándose.



Pero, entre tanto, aprovechando esta demora, el fugitivo había desaparecido, y Joey desistió de perseguirle. Mercedes se acercaba entonces a los dos hombres, y de pronto se inclinó a coger algo del suelo. "¡Oh! ¿Qué es esto?", preguntó.



La muchacha entregó el objeto hallado al clown, el cual lo contempló con mirada recelosa. "¿Dónde has encontrado esto?", preguntó. "Lo he hallado en tierra, a pocos pasos de aquí", contestó Mercedes señalando adonde decía. Joey se guardó el frasco.



Algunos de los elefantes se habían soltado, y vagaban por un lado y por otro. Antonio y Mercedes cuidaron de recogerlos mientras Joey se encargaba de clavar de nuevo en el suelo las estacas a que habían de atarlos, y pronto se apaciguaron los animales.



"Daría algo por saber quién era aquel desconocido", afirmó Joey mientras él y sus dos amigos regresaban hacia los carros. "No sé por qué me figuro que tiene algo que ver con este incidente de los elefantes. Estaré alerta por si otra vez vuelve.

CUQUITO Y DON POLICARPO



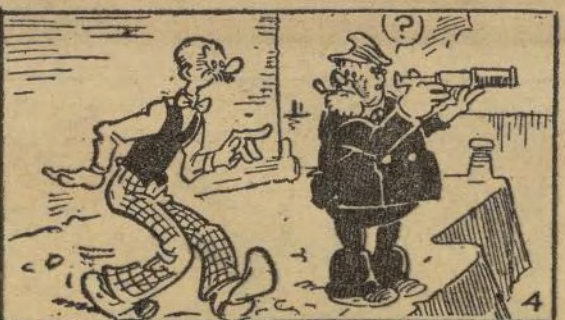
La señora de don Policarpo se encuentra veraneando, y éste, que está de ama de llaves, entrega un billete a Manolín para la compra.



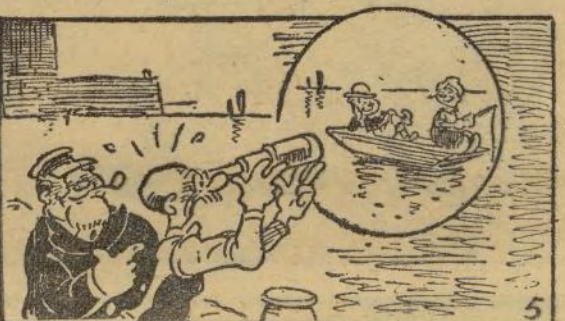
Manolín salió a la calle dispuesto a portarse como una cocinera de casa grande; pero encontró a un amigo, y varió de rumbo.



Tres horas habían transcurrido desde que Manolín salió a la calle, y ello colmó de impaciencia a don Policarpo.



Temiendo que le hubiera ocurrido alguna desgracia al chiquillo, don "Poli" salió a la calle, y se encaminó al puerto, donde pidió un antejo.



Aquella corazonada de don Policarpo fué realizada por Manolín, que alegremente se había gastado el billete, y paseaba en barca acompañado de su amigo.

EL PERRITO VAGABUNDO



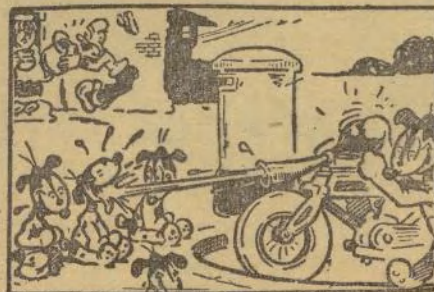
La fama que tiene el perrito "Pelanas" de ser un gran aficionado a los buenos festines se ha extendido más que la canción de "María de la O"; por eso acuden a él cuatro...



...perritos, sobrinitos suyos, en demanda de alimento para sus cuatro estómagos desfallecidos. "Pelanas" ve un vendedor de leche y una "moto", y concibe un gran plan.



Se apodera de la bocina, que introduce en el recipiente del dulce y blanco líquido, y succiona gran cantidad de él, sin que el vendedor se aperceba de ello.



Y mirad qué ducha tan nutritiva proporciona a sus cuatro sobrinitos, que se relamen de gusto, en tanto que el vendedor recibe los adjetivos más o menos bonitos de una clientela.



Resumen de lo publicado.—Martín es un huérfano, que sirve en el castillo de los misterios, propiedad del señor Gale. Una noche él y Margarita, la sobrina del señor Gale, son perseguidos por el posadero Silas Snagge y el capitán Morgan, y salen por un canal subterráneo a unas rocas, donde los recoge en una barca un encapuchado.



Con el corazón agitado por la emoción, Martín y Margarita seguían con la vista al hombre encapuchado, en el que habían reconocido al capitán Morgan, el cual avanzaba hacia el castillo hasta desaparecer detrás de uno de los muros. "¡Ya se fué! ¡Ahora podemos dirigirnos ya al castillo!", murmuró la joven.



Para que nadie les viera entrando en el castillo a tales horas, Margarita y Martín se deslizaron cautelosamente al pie de los murallones flanqueados de torres, hasta que, por fin, llegaron a una pequeña puerta claveteada de hierro. La muchacha echó mano al pestillo y, con gran sorpresa, vió que la puerta se abrió silenciosamente.



Decididamente los dos jóvenes penetraron dentro del castillo, y mientras subían de puntillas la amplia escalinata, Martín cuchicheó al oído de Margarita: "¡No te olvides! ¡Ni una palabra a nadie de cuanto hemos visto!". "¡Desde luego que no!", contestó la muchacha.



Minutos después se hallaban ambos recogidos y seguros en sus dormitorios. Cuando Martín se despertó a la mañana siguiente, el sol entraba por su ventana. Miró al reloj y no pudo contener una exclamación: "¡Qué tarde es! Juana me va a reñir!"



Cuando el joven entró en la cocina, aquella desabrida mujer, cuya conducta era tan misteriosa, le reprendió severamente. Parecía que le molestaba la presencia de Martín en el castillo, y más de una vez éste había sospechado si tendría que ver con los contrabandistas.



Al cabo de un rato, Juana entregó a Martín una cesta y le encargó que fuese al pueblo a traerle viveres. "Y mucho cuidado, añadió, con entretenerte por las calles ni hablar con nadie." "Así lo haré, Juana", respondió el muchacho.



Cogió Martín la cesta y se marchó. "¡Qué cosa más extraña!", iba pensando conforme se alejaba del castillo. "Se me había dicho que no tendría que salir del castillo y ahora Juana me envía al pueblo en busca de viveres. ¡No lo entiendo!"



Pero no tuvo oportunidad de seguir meditando largo tiempo sobre esta extraña circunstancia. Continuó, silbando, por el estrecho sendero hasta llegar a la tapia que circundaba el parque del castillo torvo y misterioso...



Cuando al acabar de transponer el portillo, se le echó encima inesperadamente una persona. "¡Detente un momento, muchacho! ¡Tengo que hablar algunas palabras contigo!", exclamó una voz áspera; y Martín reconoció al capitán Morgan.

¿Qué es lo que el misterioso capitán Morgan tiene que decir a Martín? Leed JEROMIN el próximo jueves.



CONCLUSIÓN

—Piedad, piedad—gimió el rey aterrado—. Ten compasión de mí y suéltame.

El monstruo le soltó, en efecto, pero nadó a su alrededor, haciéndole comprender que lo hundiría para siempre, si trataba de ganar la orilla.

—Te dejaré marchar—exclamó el monstruo con voz de hombre—si me otorgas la mano de tu hija, la princesa María.

Iba a replicar el desventurado padre, más el horrible pez batió las aguas con tal furia, que aterrado el hombre accedió a lo pedido.

—Puedes marchar—dijo el engendro—, y esta noche, en la orilla del lago, deposita a mi futura esposa. Yo la recogeré, y para tí quedará, como regalo, un cofre repleto de perlas y diamantes.

Traspassado de dolor el pobre rey, dejó a su hija a la orilla del lago.

A la mañana siguiente, en la orilla del lago no había más que un cofre lleno de perlas y diamantes.

Pasaron varios años sin que el buen rey y su esposa fueran felices a pesar de vivir ahora en un precioso castillo.

Jamás supieron de sus dos hijas, y tiernamente las lloraron por muertas. Un día las puertas del palacio se abrieron para dar paso a un joven mendigo que llegaba sucio de polvo y de barro. El

mendigo era el mismo príncipe, que no había conseguido hacer fortuna.

Al enterarse de la triste suerte corrida por sus hermanas, el joven príncipe sintió quemarse la sangre en sus venas, y a pesar de encontrarse sin fuerzas y agotado, quiso al instante lanzarse en su busca.

Más apenas pasaron unos días y se hubo repuesto de sus fatigas, el joven cabalgó en un brioso corcel, empuñó lanza y adarga, cifró al cinto su espada victoriosa y se lanzó hacia el bosque.

Infructuosamente recorrió la espesura, y ya desesperaba de su intento cuando de pronto el caballo dió una espantada, y el joven pudo distinguir a una muchacha de extraordinaria belleza que llevaba un oseño en brazos.

Algo le anunció que aquella era María, y, espoleando su cabalgadura, alcanzó prontamente a la fugitiva, que se había refugiado detrás de un árbol.

Al instante se reconocieron ambos hermanos y se abrazaron cariñosamente. El príncipe sintió ruido a sus espaldas y tuvo el tiempo preciso para desenvainar su acero y parar la estocada que un joven arrogante le dirigía.

La princesa se interpuso entre los combatientes, y gritó:

—¡Juan, es mi hermano!

Entonces los dos hombres se abrazaron, y la princesa explicó. Aquel apuesto manco era su esposo. La malvada Calabré, la bruja del bosque, había em-

brujado al rey de las tierras del Norte, que era el joven que tenía delante, y a su hermano el rey de las tierras del Sur. Al primero le convirtió en oso, y al segundo, en pez.

Una vez al año recobraban por un solo día su forma de hombres, para volver a su encantamiento luego de pasadas las veinticuatro horas. Sólo podía librarles la muerte de la bruja Calabré.

Al llegar aquí, el príncipe exclamó:



—Dentro de cinco minutos volveré a ser oso. Marchate, querido hermano, porque si no me vería obligado a devorarte. El príncipe abrazó a sus hermanos y

huyó a todo el galope de su corcel.

Pero cómo ya sabía cuál era el palacio de la bruja, se dispuso a darla muerte. En el arzón de su montura vió una hermosa piel de oso dejada allí por su hermana. El príncipe bajó del caballo y se metió dentro de la piel.

Pronto llegó al palacio de la bruja, y el inmenso ejército de duendes y magos que defendían el palacio le dejaron pasar tomándole por un oso.

La misma Calabré dejó ver su espantable figura, y salió al encuentro del oso. —¿Qué quiere mi rey de los osos?—exclamó, con risa horrible.

La bruja abrió los brazos confiadamente y dejó acercarse al príncipe, y éste, antes de que la maldita pudiera moverse, sacó el brazo por debajo de la piel, se desprendió bruscamente de su disfraz, y de un solo tajo cortó la cabeza de aquel demonio.

Al instante resonó un estrépito espantoso, que se convirtió bien pronto en gritos de júbilo y alegría.

El palacio se había hundido, y por la verde pradera el rey del Norte y la princesa María cabalgaban al encuentro de su salvador, precedidos de pajes, nobles y guerreros.

Y un poco más alejados llegaron el rey del Sur, seguido de sus cortesanos.

Los tres príncipes se abrazaron, derramando lágrimas de alegría, y la brillante caravana se encaminó hacia el palacio de los afligidos padres, que estuvieron a punto de morir de felicidad al ver juntos a sus tres hijos queridos.

Y unidos los reinos del Norte y del Sur, todos vivieron contentos y dichosos.

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



El señor Felipe había comprado cierta hermosísima planta de vid y quería plantar una parra que fuera el



orgullo de su mansión. El señor Felipe había admitido de criado a Cascarilla, que estaba contentísimo con la



colocación y se prometía conservarla. "Barre el patio", fué la primera orden del señor Felipe, y Cascarilla, no en-



contrando escoba, pensó: "Haré una con estas ramas", y... fabricó una escoba ¡con la parra! ¿Le mataron a Cascarilla?

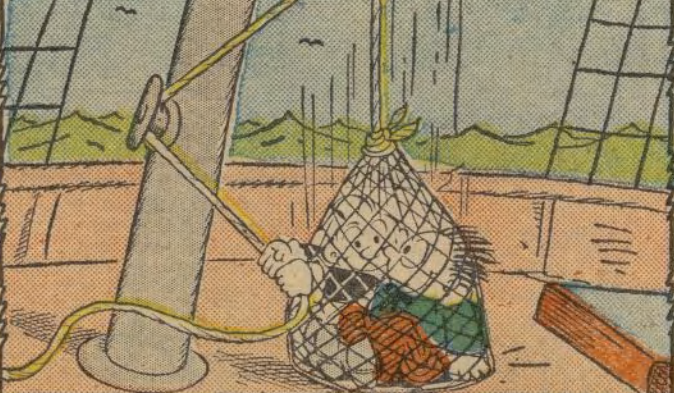


—Buenos días, Tarrete. Hola, Cabezón, ¿dónde vas? —Voy a merendar, pues tengo más hambre que siete niños de doce meses.

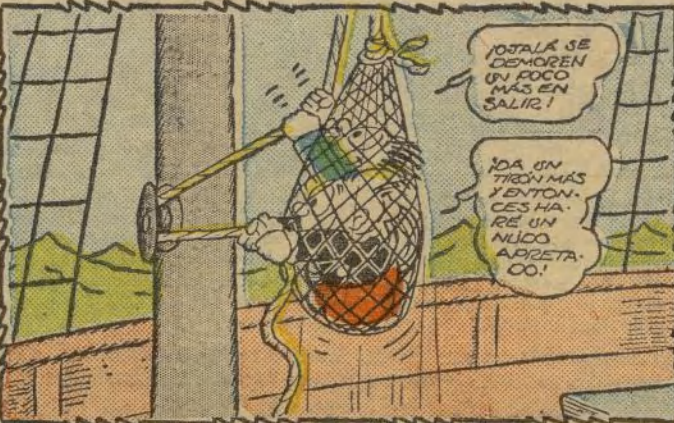
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



El capitán Chito y Terre-Moto lograron vencer a mamá Tecla de que Barba-Cana no tenía culpa alguna en lo del barbo, y la señora perdonó al inspector, que, al instante, se dedicó con ellos a jugar al tute los ratos que les dejaban los pilluelos.



Una vez conseguido esto, el desatarse y llegar al suelo fué visto y no visto, teniendo al instante la sensación de que estaban libres y acariciando en su imaginación los más diversos proyectos vengativos contra sus comunes enemigos.



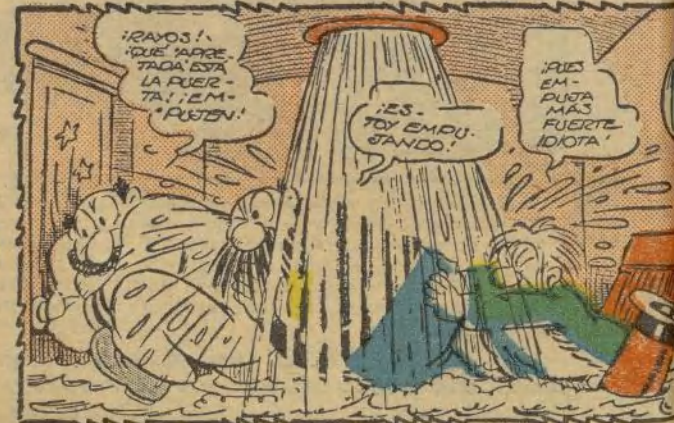
En tanto que en el camarote se desarrollaba el drama acuático que habéis presenciado, Tarugo y Perdigón volvían a izarse voluntariamente a su prisión, cosa que no comprendemos ni aunque nos lo explique con música.



La guerra estaba declarada y los dos capitanes tocaron diana en la terminación de la espalda de ambos pilluelos, que abrían unas bocas como alcantarillas y juraban vengarse fieramente así que pudieran evadirse de aquella sopapina.



En la red habían ideado mil planes de venganza y ahora, al encontrarse libres, no vacilaron en darles forma, poniéndose en plan de batalla al momento, dispuestos a realizar una ofensiva que iba a ser una parodia de la guerra europea.



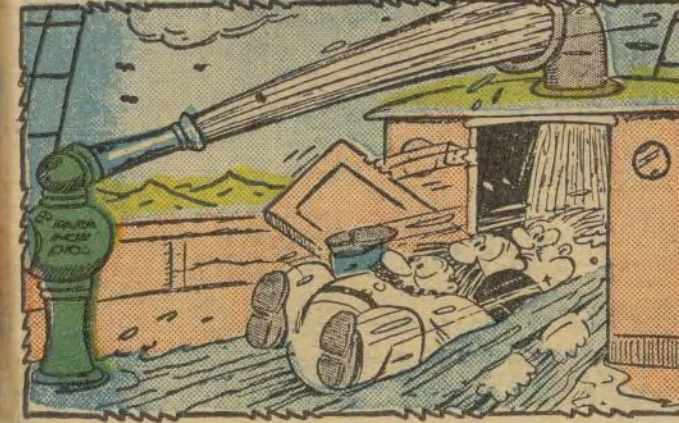
En el camarote, donde proseguía la tragedia, los tres compinches se esforzaban en abrir la puerta, cosa que no conseguían, pues ya sabéis que estaban atrancadas por fuera. "¡Nos ahogamos!", sollozaba Terre-Moto.



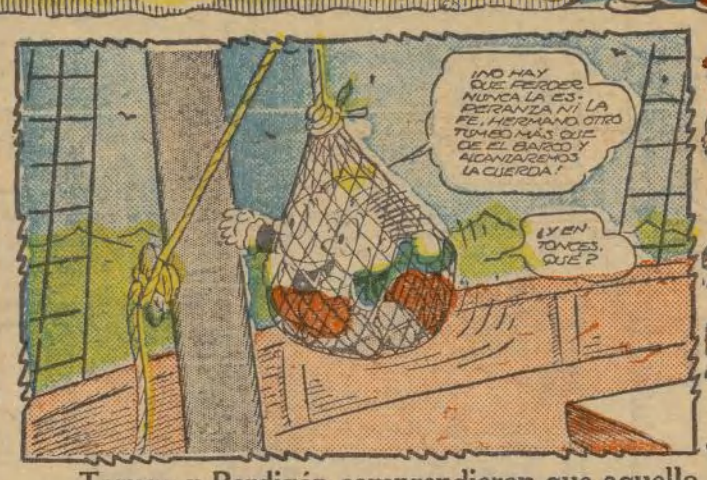
Pero el inspector había tenido una idea de una luminosidad de dos mil valtios, y los pilluelos fueron metidos en aquella red y colgados del palo de mesana. "Divertirlos mucho, preciosos", exclamó Chito. "Así os ahoguéis", rezongó Barba-Cana.



Tarugo y Perdigón eran enemigos de muchísimo cuidado. En menos que se tarda en contarlos atrancaron la puerta y enfilaron el aparato contra incendios a la escotilla del camarote, donde se hallaban, contentos y tranquilos, los jugadores.



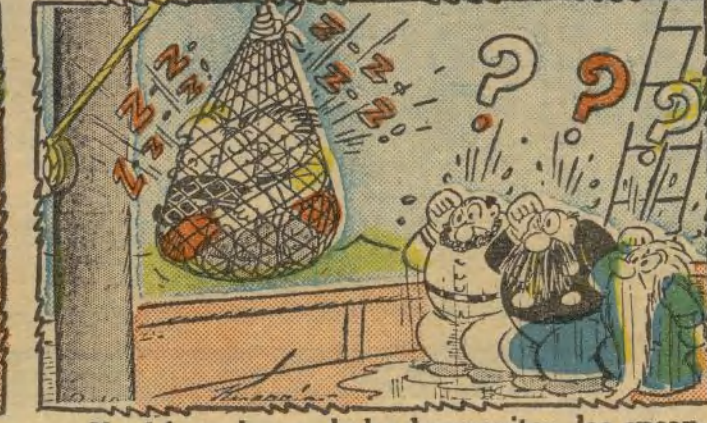
Al fin consiguieron abrir la puerta y comprobaron, estupefactos, que no era tan grave "el naufragio". "¡Han sido los pilluelos! ¡Venganza!", exclamó Chito. "¡Sí, agregó Barba-Cana. Hagámonos una petaca con su piel!"



Tarugo y Perdigón comprendieron que aquello iba de veras, y se quedaron muy tristes. Pero bien pronto observaron que los bandazos del buque les hacían balancearse como péndulos, y en uno de aquellos vaivenes consiguieron llegar a la cruceta.



Y en el instante en que Barba-Cana sacaba de la manga cinco cartas que llevaba escondidas, una tromba de agua inundó el camarote. "¡Maldición!", rugió Chito. "¡Nos vamos a pique!", "¡Idiota!", dijo Terre-Moto. ¿Y quién le manda ir a ese puerto?"



Y, al ir en busca de los hermanitos, los encontraron tal como los habían dejado. "¿Quién habrá sido?", murmuraron los tres amigos, estupefactos. ¡Ah, insignes pillos de Tarugo y Perdigón! Ahora está explicado por qué se encajalaron. (Continuará.)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo poseía un hermoso peral y decidió coger las peras. El único cesto disponible tenía el fondo roto, y



Repollo le puso uno supletorio, de madera. Mas, en el instante en que iniciaba el mutis con la fruta recogida,



da, salió a su encuentro el fiero ladrón Verduguillo y le quitó las peras, atzándole de propina un morrón. Pero



el cesto se hundió, las peras quedaron al descubierto, y, por carambola, Verduguillo preso para toda su vida.

Risa para la semana con "Carrete Porcelana"



—Espérate un poquito, Cabezón, y no te aceleres, que te va a crecer más la cabeza y vas a tener que dormir en un velódromo.



—Vamos a jugar a Guillermo Tell. ¿Que no sabes quién era ese tío? Ni te importa. Tú estate quieto y ni respires en diez minutos.



—Voy a contar doce pasos, luego me volveré, y ya verás qué tío soy disparando. O te quitó la manzana, o te quito un ojo.



—¡Ay, mi abuela en canoa! ¿Pero qué has hecho, Cabezón? ¡Maldita sea tu estampa, so troglodita! ¡Habla!



—Venga ya, Tarrete. Yo me estoy muy quieto y tú disparas la flecha y me quitas la manzana. ¡Je, je, qué risa!

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



"Qué bien vamos así, ¿eh, don Simplón? A vel si pesca ustel un ballenato mientras Dinamita y yo le vamos. ¡Qué bien que hacemos de lemelos del Volga!". "Que te calles, niño".



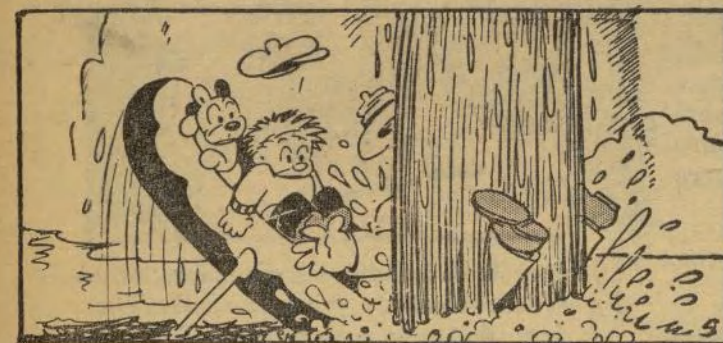
"¡Ahí va, una avispa taladrola! Mucho cuilalo, Dinamita, que como te pique, te tenemos que hacer la tlepanación. Able el ojo y ciela el molo."



"Cuilalo, don Simplón, que le va a pical. Pelo no se apule, que aquí estoy yo, Telesforo Pérez, pala salvale. Velá ustel qué bien meto el lemo. ¡A la una!, ¡a las dos; y..."



"...¡a las tres! ¡Mi tía, le meti! ¡Ay, Dios mío, que he debido de matal del tolo a mi querido don Simplón! ¡Ay, que me enveneno como le haya muelto!"



"¡Atiza! Ahola nos hemos metilo en las catalatas. ¡Socolo, don Simplón; lesucitese y nale, que nos ahogamos! De esta no salimos vivos. ¡Ay, ay, ay!"



"Pelo no sea ustel así y no me eche la culpa. ¡Cómo quería ustel que yo viesse con las catalatas?" "Cállate, niño, ¡maldita sea!; cállate, o te pateo!" (Continuará.)

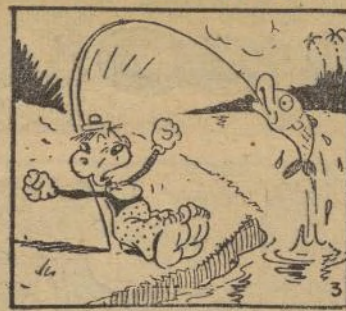
MIKITO PESCADOR DE CAÑA



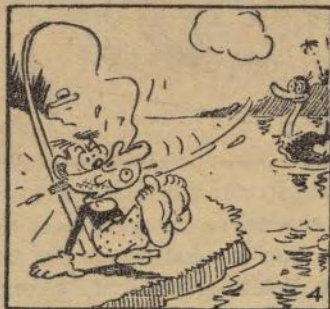
Mikito cultiva todavía los deportes y, especialmente, la pesca, como buen tragón.



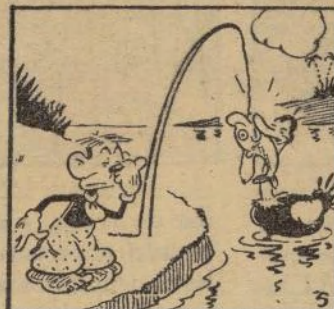
Pero, como buen pescador, sabe dormir en cualquier parte; y ved cómo empieza a roncar.



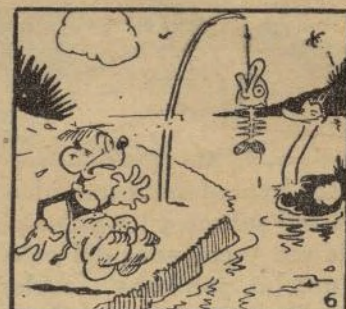
Después de una gran siesta, Mikito despierta, y al bostezar saca un hermoso pez.



Con tanto brío había movido Mikito la caña que el pez fue a chocar contra su faz.



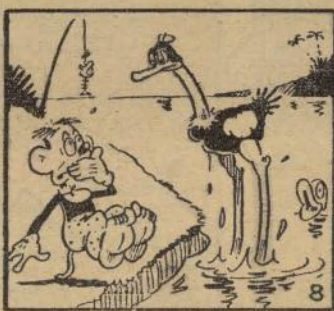
Sin que Mikito se diera cuenta de ello, un avestruz dejó al pez en el esqueleto.



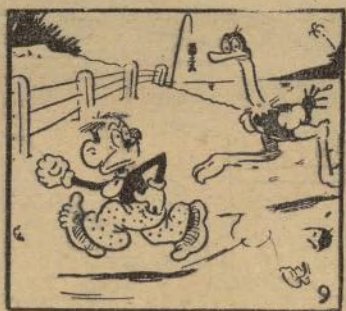
Pero pronto se repuso del golpe, y vió con asombro al avestruz en plena digestión.



Y como Mikito creyó que el avestruz era un pobre pato, le amenazó duramente, dispuesto a vengarse.



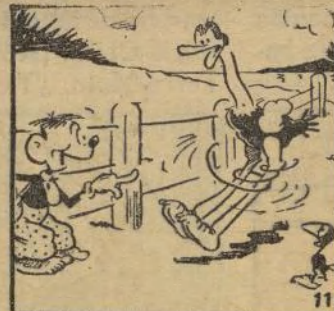
El avestruz no creyó oportuno soportar la fanfarria de Mikito; salió del agua, y ved cómo le acogió éste.



Mientras Mikito huía perseguido por el avestruz, pensaba en lo pequeña que resulta la Tierra algunas veces.



En su huida, Mikito vió cortado su camino por un cercado. Pero esto le sugirió un plan de defensa.



Cuando acababa de cortar el alambre, llegó el avestruz, y todo salió conforme Mikito había previsto.

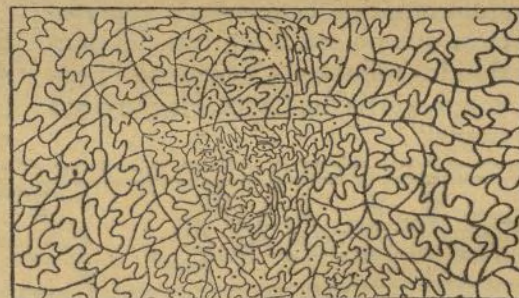


Y allá tenéis al avestruz prisionero, mientras Mikito reanuda su interrumpida pesca tranquilamente.

PASATIEMPOS

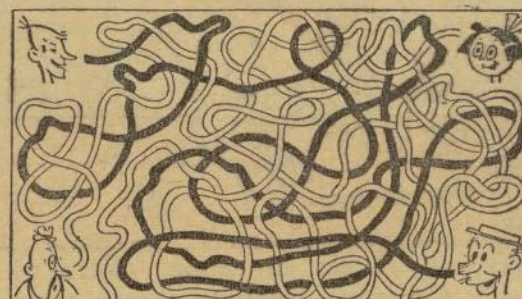


Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el apellido de un torero español de la actualidad.



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto, y aparecerá un bonito dibujo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Como veréis, Cascarilla y Repollo son los que sostienen la misma cinta.



Volviendo el dibujo, y donde indica la flecha, encontraréis al papá de la jovencita.

Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

EL PARACAIDAS



Perseguido por el triunfante galopar de los pieles rojas, Miguelín tuvo que detener su carro al borde de un precipicio que le cortaba el paso. "De aquí no podemos ya pasar", exclamó. "¡Y los pieles rojas nos cortan la retirada!"



"¿Y qué vamos a hacer ahora?", gruñó Tim Blaney. "¡Estamos perdidos!". "¡Aún no!", replicó enérgicamente Miguelín. "Un precipicio se abre a nuestros pies y las aguas del río acechan al fondo; pero tenemos el toldo del carro para usarlo de paracaídas!"



Los pieles rojas que les venían persiguiendo salían ya del bosque cercano, cuando Miguelín y Tim Blaney, el mayoral del señor Randall, desengancharon los caballos del carro y comenzaron a quitar el toldo del carro. "¡Vaya chasco que se van a llevar!", dijo el muchacho.



Cortando la última cuerda que sujetaba el toldo al armazón de la cubierta del carro, y desmontando la pesada lona, Miguelín y Tim Blaney se la echaron auestas y se acercaron con ella al borde del abismo. "¡Cuidado con lo que se hace!", dijo Tim.



"No puedo abandonar la caja con el dinero del señor Randall", exclamó Tim Blaney. "Si mi amo hubiera de perderla, en todo caso preferiría arrojarla al fondo del torrente". "¡No hay por qué pensar en perderla!", exclamó Miguelín. "¡No hay que preocuparse!"



Sujetando bien la caja debajo del brazo derecho, Tim Blaney agarró con el izquierdo un manojo de cuerdas del toldo, mientras Miguelín se aferraba a las restantes. "¡Listo, Miguelín!", gritó el mayoral. "¡Atención!", respondió el muchacho. Y ambos se lanzaron al espacio.



Al choque con el aire, el toldo se distendió, y pronto sintieron nuestros amigos que disminuía la velocidad de la caída. Mirando hacia abajo, vieron el río que se deslizaba silencioso, y momentos después sintieron el frío contacto del agua, en la que se zambullían.



Soltaron entonces las cuerdas del toldo, y se pusieron a nadar vigorosamente para no quedar aprisionados entre sus pliegues. Y así fue cómo, poco después, sin soltar Tim Blaney la caja de los fondos, se hallaron ambos a salvo en la orilla opuesta.



Al pisar tierra, el mayoral tendió su mano, y estrechando la de Miguelín, le dijo: "¡Magnífico, muchacho; has tenido una ingeniosa idea! Con ella, no sólo hemos salvado nuestras vidas, sino el dinero del señor Randall. ¡Te felicito cordialmente!"

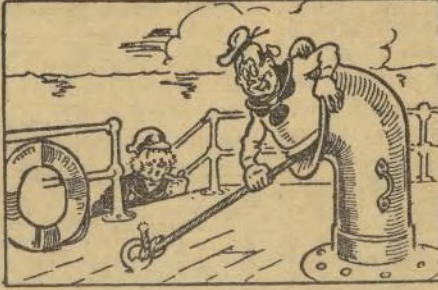
El título de la próxima aventura de Miguelín será: "Para salvar el ganado." ¡No dejéis de leerla el jueves que viene!



He aquí de nuevo al capitán don Pío y al jactancioso Nicanor navegando en pos de la fama. La aventura de hoy no es de las que les cubren de gloria.



Sabido es que don Pío es un espíritu selecto y soñador; sabido es también que Nicanor es más prosaico, y que en medio de su afán de gloria se muere por un solomillo.



Pero en vista de que el cocinero no ha tenido a bien atender a los ruegos de su estómago trabajador, Nicanor decide apoderarse por sorpresa de los sabrosos solomillos.



Sorpresa, y no pequeña, efectivamente recibió el cocinero cuando vió ante sus fosas nasales a Nicanor, cuyos ojillos se encandilaban al ver lo bien que iba a dar gusto a su estómago.



Pero no contaba el glotón marino con la autoridad, representada en las patillas de don Pío, el cual le estropeó el proyecto de digestión.



"Has de saber que yo soy la primera autoridad del barco, y no tolero que nadie se me anticipe en nada. Voy, pues, a gustar de las primicias alimenticias."



Las primicias alimenticias se quedaron reducidas a un soberbio remojón que el cocinero había destinado a Nicanor, y del que disfrutó el primero don Pío.



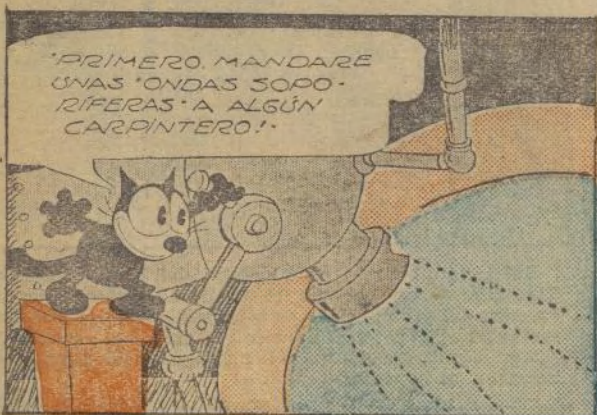
Y mientras el capitán perseguía al desgraciado cocinero, Nicanor se dirigía a la cocina riéndose de las jerarquías y de los peces de colores.



ANDANAS DE GATO FELIX



A los enanitos, el encontrarse sin casa, gracias a la hazaña de Malos Pelos, les hizo la misma gracia que si les rizasen la barba con un sacapuntas, y reclamaron a Félix una casa, pues el invierno se acercaba y se iban a quedar congeladitos.



Y al instante se apoderó de la máquina soporífera buscando en la tierra un ser elegido a quien mandarle un sueño de portero del Ayuntamiento, que son los seres que más duermen en el mundo. Y, atentamente, espío al individuo que necesitaba.



El mago del serrucho no tardó en presentarse y dispuesto a trabajar de veras hasta en las horas extraordinarias, cosa que jamás había hecho estando despierto, y Félix le dió las órdenes necesarias y recomendándole encarecidamente que no se resfriase.



Una vez concluida su obra, aquel orgullo del proletariado reclamó su jornal, y Félix, generoso y altruista, le pagó con un millón de pesos imaginarios, pero que el carpintero, sumergido en su ensueño, tomó por "Amadeos" de los más legítimos.



Félix comprendió que aquellas razones eran más justas que unas medias de goma, y al instante se le ocurrió una idea que, sabido su mal genio, tenía que ser genial, y, dispuesto a darla salida, o sea, a ponerla en marcha, espío al fabricante de sueños.



Ya habréis adivinado que lo buscado por Félix era un carpintero, pues para hacer una casa no le servía un perfumista o un afilador. Pronto encontró a un menestral que tenía una cara de "as" de la garlopa cien por cien, y le envió un sueño.



El carpintero, que llevaba treinta y siete meses en huelga perpetua de brazos cruzados, aprovechó aquella oportunidad y se puso a darle a la garlopa con una velocidad de ametralladora, en tanto que Félix le animaba en la ruda faena por él impuesta.



Y pronto pudo convencerse, al ser rudamente despertado, que todo había sido un sueño; y, sin embargo, se notaba tan fatigado como si todo el mes hubiese estado trabajando sin descansar. "Me parece que he hecho el primo "iluminado".



Y en el momento en que el fabricante de sueños salía a tomarse un quince de vino con "seltz" en la "tasca" de la esquina, Félix se coló en la fábrica de sueños, donde estaban las máquinas generadoras del ensueño, el sueño, las pesadillas y el ronquido.



Al instante pensó en atraérselo al país de los sueños, y a tal efecto hizo maniobrar las máquinas necesarias para transportar al carpintero al país del hada Inmaculada, pues aquel hombre le era necesario para que, inconscientemente, le construyera la casita.



Como aquel prodigio del cortafíos era capaz de construir, en sueños, la Telefónica, no tardó en dar el penúltimo y final martillazo en su obra, y decimos el penúltimo y final porque el último no lo dió en el tejado, sino en el dedo meñique de su mano.



Y sí que lo había hecho, pero iluminado con una potencia de diez mil veinticinco bujías. Y, mientras tanto, Félix, rebotante de júbilo, enseñaba a los enanitos su nueva casita. "Y de ahora en adelante—pensó el gato—utilizaré esta máquina para mis planes".

(Continuará.)